



Noticia de Leonardo Favio

Joaquín Peña Gutiérrez*

La provincia

No sabemos cómo los ascendientes sirios de Leonardo Favio llegaron a esa provincia dentro de la provincia argentina, Las Catitas, Mendoza, donde nació en 1938.

Del padre solo se sabe que se fue. De la madre, que ya por entonces era una mujer “moderna”, o liberada. Al menos en un aspecto. Levantó a los hijos, mantuvo la casa con su trabajo como libretista y actriz de radioteatro. Los muchachos, Fuad y Zuhar, no solamente la veían escribir, crear las historias y actuarlas con la voz dentro de la casa. También la acompañaban a la emisora. Además, debieron, como los demás oyentes, resolver con la imaginación el misterio de la historia, que solo les llegaba por la palabra. El oyente debía construir la imagen visible, móvil, continua.

En aquel tiempo la separación, la diferencia entre la provincia y el centro, entre el atraso y el progreso, entre la premodernidad y la modernidad –lo primero era el pueblo, el pueblito y el campo; lo segundo, la ciudad y, sobre todo, la capital no provincial sino nacional– era más radical y notoria que ahora. Las particularidades locales o regionales eran significativas. Parece que Las Catitas y Luján de Cuyo en donde la familia vivió mientras los chicos avanzaban por la niñez y la adolescencia, eran bastante particulares en su geografía física y cultural. Situaciones, personajes, vidas que, al menos a esos dos chicos los marcó y los sujetó de tal manera que, vista su obra, parece que nunca lograron zafarse de ella. (El cine y las canciones de Leonardo Favio están llenos de campo, agua, quebrada, de personajes, pensamientos, concepciones que no son los de la urbe; la gran urbe; aunque haya creaciones suyas que los tenga. El humano todavía no se ha perdido o mutado. Y si se ha perdido, se busca).

Leonardo en el Centro

En 1958 Leonardo está en Buenos Aires. Ha ido a la capital a hacer radioteatro. Se ve envuelto con la gente de cine. Y haciéndolo. El loco Favio. Cómo se le ocurre, cómo ocurrió, hacer la mejor película sonora argentina de todos los tiempos a los 20 años. *Crónica de un niño solo*. A Leonardo le ocurrió Bresson –según dice en una entrevista última; parece que lo confundió con su paisano Truffaut y sus *400 golpes*– y el argentino dice como si dijera que ha desayunado, que hizo lo que había hecho el francés. Contar la historia de un chico que ha estado en el reformatorio, escapa, en fin. También hace

* Pitalito, 1950. Selecciones: *Cuentos de ciencia ficción*, *Cuentos fantásticos*, *Cuentos picarescos*, *Cuentos de miedo*, *Poesía joven de Colombia*; libros de poesía y narrativa: *Aspirina al corazón*, *Días de asfalto*, *Caspas*. Docente del programa de Creación narrativa de la Universidad Central. Correo electrónico: jpenag@ucentral.edu.co

que le ocurra algo. Reclama en la proveedora, para uso propio, la cinta de filmar que le pertenecía a su ya amigo Leopoldo Torre Nilsson, quien ocho años después lo incluye como actor en su *Martín Fierro*. De inmediato hace *Este es el romance del Aniceto y la Francisca, de cómo quedó trunco, comenzó la tristeza y unas pocas cosas más*. Ah, título tan largo que uno queda sin respiración. Hay que tener el tiempo, un tiempo para escribirlo y para leerlo. No se compadece con la eficacia y la efectividad del lenguaje que impone la ciudad. (Las encuestas entre gente especializada dan ahora que es la mejor película y mejor dirección de la historia cinematográfica argentina). Apenas luego sigue *Nazareno Cruz y el lobo*. (Vuelven las encuestas. La película argentina más vista). Y Favio no ha cumplido 30. Ni siquiera ha hecho el papel —de pibe— de uno de los hijos de *Fierro*. Él hace los guiones sobre cuentos, historias del hermano. No conocemos historias escritas por el hermano, ni al hermano para saber de la cercanía entre los dos. El hecho es que el cine de Leonardo —y enseguida sus canciones— se levantan sobre una unidad de aliento, de tono, de color muy personales, particulares, y estamos por decir, únicas. Sin antecedentes y, creemos, sin continuadores. El juego, la ternura, la derrota. La búsqueda solidaria. Ah. Mira que si todos ponemos un poco, todavía se puede; aun con nuestra cuota de dolor, se puede.

¿Desde su obra única —a ver quién se atreve a seguirlo, dígame, en una canción. Ni Pagliaro, que creíamos— el loco Favio anunciaba la destrucción, la estandarización que el neoliberalismo y el capitalismo salvaje le implantarían al hombre y al mundo del 80 hacia acá? El centro, el epicentro extiende sus tentáculos y vincula y sujeta y globaliza y oscurece a la provincia. La provincia sigue siendo provincia, pero queda lejos y tiene poca gente y, acaso, todavía campo y casas hasta de dos pisos. Pero el capital ha colocado allí todos los productos, la TV., los comportamientos y conductas de los centros hegemónicos.

Cuando Leo Dan, Palito Ortega, Sandro sonaban con tanto beneplácito de los oyentes, bastante dulces y amorosos con el nuevo invento musical, la balada, en 1968 apareció como una sabrosa calamidad esa letra tan rara y esa voz más rara todavía, pues letra y voz hacen la canción. Algunos, los canónicos alcanzaron a de-

cir, "Ese man no canta, muge". Quién sabe qué dirían después de que Leonardo, para todo el mundo, pero en particular para los colombianos, creó con sus "mugidos" y "rebuznos" un paisaje de pensamientos para vivir y, ahora, para recordar. Nos parece maravilloso que alguien pueda crear recuerdos para que la gente los recuerde. Recuerdos que antes no tenía debido a que no había escuchado esas canciones. ¿Hay algún acto de violencia, de agresión, de desesperación no humanizada en una canción de Leonardo Favio? Siempre una celebración que está a punto de romperse, pero no se rompe, pero puede romperse y hasta se ha roto, pero ¿qué sucede que aún el daño causado es bueno, no mata? ¿El dulce de la balada? No. Hay más. Voz y letra descargan sobre nosotros, por si no lo sabemos, las misteriosas alternativas de la vida con la sencillez masiva de la canción y el peso del poema. Sin esquemas. Como las otras baladas; sí; bonitas también, pero dulces y leves, dentro del canon y...

Más de quince años, que no se detienen, se combinan, haciendo música y repartiéndola por el mundo; composiciones, giras, las multitudes. ¿Cómo será eso? ¿En qué momento? la pérdida del mundo, la inmersión para sacar, para mirar, para escuchar, para crear la canción; eso que hace un minuto no existía; y escribirla y ponerla en la guitarra y en la voz. Y que no salgan solo bonitas y aceptables, placenteras como las de varios de sus paisanos de la Argentina y de todas partes.

Con la canción financia películas. Por el 90 hace *Gatica, el mono*, sobre el boxeador. Antes que ser una película de trompadas en el ring, el escenario y carne, otra vez, como en el arte, siempre es la vida, si bien muy concreta, delimitada por un tiempo y una sociedad.

No hay que confundir, aunque se pueda, las giras y el exterior con el exilio. Desde antes del golpe de Videla en 1975, organizaciones de ultraderecha como la triple a —una de las formas que el paramilitarismo tomó en la Argentina— se había encargado de matar, desaparecer y obligar al exilio a miles de argentinos. Obreros, empleados, científicos, intelectuales, escritores —Rodolfo Walsh, muerto; Haroldo Conti, desaparecido; Juan Gelman, exiliado; cantantes como Merce-

des Sosa, exiliada; Jorge Cafrune, muere en un “accidente”-. Aquí se tiene a Leonardo Favio y el exilio. Primero México. Qué extraño este país. Sobre 1940 recibió a cuántos emigrados españoles de la guerra civil; recibió a Troski, exiliado de la guerra interna del poder en la Unión Soviética; sobre el 70 y el 80 recibió a los miles de latinoamericanos que la militarización del continente, ordenada y auspiciada por los Estados Unidos, lanzó al exilio. Si bien otros fueron a Europa. A diversos sitios de la geografía universal. Había suficientes exiliados para repartir muestras de la infamia en todo el mundo.

Leonardo Favio no tenía canción que lo pudiera condenar al abandono de su país, como Mercedes Sosa. A no ser esos temas tan peligrosamente del pueblo. “Voy a faltar al colegio / voy a faltar al taller / ella me regala un beso / yo le regalo un clavel.” A no ser que eso de “tu vientre / en busca del hijo / que no ha de venir” fuera tomado como una denuncia política; una sindicación al régimen. No se sabe. Si el régimen había censurado al *Quijote* y libros de matemáticas como subversivos, se podría esperar el mayor exceso y la mayor “locura”. ¿Un régimen así necesita una razón?

Con Leonardo Favio no había necesidad de buscarle lado a las canciones. Era peronista. En el regreso del general lo acompañó desde el aeropuerto. En la masacre de Ezeiza era el que tenía el micrófono; él, en medio de esa locura entre peronistas. Y parece que era peronista por algo fundamental; Perón, su política reconocía los sectores populares como actores centrales de su programa político. Dato: su último film de seis horas es *Sinfonía de Perón*. Alguien le pregunta si va más. Él contesta que no. Ahora hay a quien filmar, dice. Se refiere a la presidenta actual de su país, peronista. Lo dice poco antes de morir cuando ya, seguramente, en el mundo, Leonardo Favio es más conocido que Perón. Pero él lo dice así; se mantiene así. Ese desamparado de todo a quien una vez Dios se le aparece y lo cautiva para siempre.

Leonardo Favio no olvida. Allí está el par de chicos, la madre, el trabajo de todos los benditos días si se quería comer. Y no se podía, no se puede dejar de comer. Están los canillitas de Las

Nos parece maravilloso que alguien pueda crear recuerdos para que la gente los recuerde.

Catitas, de Luján de Cuyo, medio delincuentes, medio normales; libres. La necesidad para mantener. (Jamás Leonardo Favio hizo tango de eso). No sabemos si fue camisa negra —esa insignia de la juventud peronista que recuerda a la fascista de Mussolini—, pero la imagen lo recuerda de negro. Cuando en Pereira pasamos por el sitio de su casa, donde cumplía parte de sus 15 años de exilio, solo pudimos ver la tapia alta pegada al andén de toda la manzana, tapiada de negro. No pensamos en los camisitas. Pensamos, quién sabe con qué fundamento, que Leonardo Favio aún le guardaba luto al niño que quiso partir tres veces y no pudo. Entonces, adulto, lo guardó dentro de sí; y luchaba, con lágrimas para que, sí, no se fuera a morir ahora no de soledad y desamor o de misterio, sino de adulto y de tiempo; aunque, también lo sabía, no le costaba ningún trabajo, que estaba, el niño, muerto. (Voz no lo viste, Amor / yo sí lo he visto / cargaba una canasta / repleta de manzanas / un niño tan hermoso / como algún ángel bueno / pregonaba sus frutos / con la ayuda del viento / y al pasar por tu lado / como si fuera un juego / te miró la cintura / y se alejó riendo. / Te miró la cintura / y se alejó riendo”).

Creemos conocer un tanto el misterio que encarnan las ficciones. Pero aquí no es momento de hacer un estudio más o menos serio del cine, de las canciones de este hombre. Solo es un intento por llegar a una parte suya para ayudar a que no muera. Y no muera en nosotros. Lo merecemos. Lo merece. Merece no morir. Él mismo se funda como un paisaje humano de recuerdo para que viva acá.

Casablanca 32. 15-16-11-2012 ■